

LA AURORA. -- Al Santo Cristo de Manacor

Al Sto. Cristo de Manacor

A los pies de la veneranda imagen del Sto. Cristo pone LA AURORA el presente número, como prueba del gran amor y cariño que le profesa, y como encarnación de todos los sentimientos y episodios que forman la historia de nuestro pueblo.

TRADICIÓN

Un día, uno de aquellos días que el transcurso de seis siglos no ha podido borrar de la memoria de nuestro pueblo, y que se conserva aun, en las páginas de nuestra historia patria, fresco y lozano, como flor que se abre al beso de tibia primavera, llegaba á nuestras costas un bajel extranjero.

Nadie supo de que playas venia.

Bajo la escotilla llevaba tres obras de arte dedicadas al culto; un Sto. Cristo, una Virgen de las Nieves y una campana.

Azotado por bravo huracán, habia perdido el timón, quedando sólo del velamen algunos girones que prendidos en el extremo del palo mayor indicaban el peligro inevitable de sucumbir á los rudos golpes de aquella mar bravia. El viento soplaba cada vez con más furia; el cielo, al parecer airado, desencadenaba sobre aquellos mares uno de los huracanes más fieros que se forman en aquellas regiones invisibles donde se forja el rayo; y allá lejos, en medio de aquellas pavorosas sombras de la noche nuestro pobre bajel quedaba abandonado á merced de aquellas embravecidas olas.

Sobre el puente, y á la luz de los rayos que, al rodar la tormenta, brillaban en el espacio, se veia un hombre, uno de aquellos viejos marinos que no se inmutan ante la bravura inponente de los mares; era el capitán del buque en aptitud de mando. Mas viendose sin timón y sin gobierno, y considerando inevitable su naufragio, se arrodilla sobre el puente, y de aquella alma fuerte, bañada con la espuma de todos los mares, se eleva una plegaria..... *Domine, salva nos, perimus.*

El temporal arrecia, el huracán ruge cada vez con más furia, el agua agitada y revuelta parece no haber en el ancho seno de aquel mar, montes inmensos coronados de espuma amenazan sepultar al velero en el abismo frio y callado de aquellos mares, y sin embargo..... el capitán sigue en su puesto.

De su corazón, avasado á los combates de rudas tempestades, se eleva una promesa espontánea... tierna... inquebrantable.

—¡Señor!, si nos salvamos, al pri-

mer puerto donde arribemos dejaremos, como recuerdo de gratitud, las tres obras de arte que llevamos bajo la escotilla.

El huracán se retira á lejanos horizontes, el mar se serena, y la corriente arrastra al buque, como por encanto, á orillas de nuestro puerto.

En una mañana de bella primavera del año 1262 los sacerdotes y las autoridades acompañados de los vecinos de nuestra aldea, pues, en aquel entonces, Manacor no merecia aun los honores de villa, se fueron al Puerto á recibir con cruz alzada las figuras venerandas del S.º Cristo y la Virgen de las Nieves, y además una campana que desde entonces, con el nombre de *nº Aloy* está llamando á los fieles desde la alta torre de nuestra iglesia parroquial,

DEVOCIÓN

Han pasado seis siglos, y desde entonces la veneranda imagen del Sto. Cristo ha sido siempre el objeto de amor y cariño de todos los manacorrenses.

Ane su figura han defilado las generaciones de seis cientos años y todas á sus pies, una tras otra, han venido á exhalar el primer suspiro y á depositar la última lágrima.

La primera visita de nuestras cariñosas madres al salir de casa, con sus hijos, recién nacidos, ha sido siempre para el Sto. Cristo, depositando á sus pies el amado fruto de sus entrañas.

Cuando dos jóvenes llenos de vida y en la primavera de sus años, quie-

ren sellar sus amores con la bendición augusta del Sacramento, la ceremonia tiene que ser en la capilla de la veneranda Imagen para que bendiga sus cariños y eternice sus amores.

Cuando un joven tiene que salir para las armas, su última visita de despedida es para el Sto. Cristo, y al doblar la montaña, allá en lontananza, se descubre vuelto de cara al pueblo, para darle aun el último adiós, rodando por sus mejillas una lágrima de sagrada ternura; y si lo veis en el campo de batalla que lleva por descuido flotando alguna cinta, es el escapulario de la veneranda Imagen que le colgó del cuello su cariñosa madre al darle el último beso de despedida.

Si entráis en algun hogar, donde la muerte tiene tendidas sus negras alas, vereis sobre el pecho del que agoniza la severa imagen del Sto. Cristo; quiere, el enfermo, en el ocaso de la vida, depositar en ella su última lágrima, como quiso en el albor de sus años, exhalar á sus pies el primer latido.

He ahí como el Sto. Cristo de Manacor es la síntesis de toda nuestra vida religiosa, y la encarnación de todos los sentimientos y episodios de nuestra historia patria.

ADORACIÓN.

Por la tarde de cada viernes santo, colocado en una rica urna, en la cual recorre las calles de nuestro pueblo, único día del año que sale del templo, desfila ante su imagen todo Manacor para besar sus pies, en tes-

timonio de filial amor. LA AURORA irá tambien el viernes santo á prestarle igual homenaje, y á pedirle que bendiga á todo nuestro pueblo y fecundice la labor sagrada que bajo su sombra hace seis meses tiene comenzada.

JUAN MASCARÓ PRO.

Romans de la Magdalena

(imitant l'estil popular)

a la memoria de mon amich y Mestre

† EN MARIÁN AGUILÓ.

Estava la Magdalena,
Magdalena de Magdala,
Dia del divendres sant,
Baix de la creu jonollada;

Planyentse dels vius turments
Que a son Amat li causaven;
Y, sens pór dels seus boixins,
D'aquest modo s'exclamava:

—Morir voleu, mon Senyor,
Pare de la mia ánima,
Havent fet un testament
Que a to: lo mon li agrada:

A Sant Miquel li dexau,
Per pesar unes balances;
A Sant Pere unes claus d'or
Per obrir del cél l'enrada

A n'els ju's y als innocents,
Qu' en el Limb suspiren d'ánia,
Y a n'els qui ses bones obres
Treuran més pés que les males.

A Dimas, per compassiu,
Li heu promés el cél su-ara;
Y a mí, ¡pobre pecadora!
¿Que 'm darau per recordansa?

—Calla, calla, Magdalena,
Que no te tenich olvidada.—
—¡Ay! Senyor, no vos demán
Cap cadira endiamantada,

Que pertoqueu als Profetas
D'Israel y als Patriarques.....
—Calla, calla, Magdalena,
Que no te teng olvidada.

—¡Ay! Senyor, no vos demán
Cap escambell d'or y plata,
Que pertoqueu als tres Reys
Que 'n la cova eus adoraren.

—Calla, calla, Magdalena,
Que no te teng olvidada.
—¿Que 'm dareu, mon bé Amat,
A mí, la més malanada?

A mí que me veis aquí
Acompanyant vostra Mare?—
A mí que eus vaitx ungi'is péus
Y he derramat tan es llágrimas?

Quand o'hi axó el Salvador
Tot seguit li contestava:
—En paga del teu amor
Y de la fé que t'inflama,

En la Cor: Celestial
Serás molt aventajada;
No tendrás en lo meu Reyne
Manco valer que Sussana;

Quand els fills d'Adán y Eva
Alsin a Mí ses pregáries,
El teu nom invocarán

Primer que totes les santes.
 —Gràcies, gràcies, mon Senyor!
 ¿Qué voleu que per Vos fasça?
 —Ascolta 'm y t' ho diré,
 Magdalena, que ho de nanas;
 Passat demà dematí
 Serà Diumenje de Pascua;
 Totes tres, les tres Maries,
 Vos llevareu a trench d' auba
 Y anireu al meu sepulcre
 Amb intent d' ambalsamar-me;
 Així sereu les primeres
 Que veureu ma gran diada.
 Vestit d' hortolá, m veureu
 Mos' rant aquestes cinch llagues;
 Y direu a mos dexebles
 Qu' he cumplida ma paraula.

Mentre 'l bon Jesús moria
 Enclavat entre els dos lladres,
 El plor de la Magdalena
 Sant Joan l' agombolava.
 Y entre el's dos, baix de la Creu,
 Queia la lluna endolada,
 Vejent la Verge Maria
 Ferida per sèt espases.

B. FERRÁ.

22 Mars 1907.

¡Viva el Sant Cristo de Manacor!

Cristo crucificat ha volgut reynar especialment dins Manacor y rebre de l' abre sant de la creu els nostres homenatges, els dels nostres pares y els dels nos' res fills de generació en generació. Per axó mos enviá aquexa miraculosa, veneranda y veneradíssima figura seua, qu' es to'ta la nostra gl'oria, to'ta la nos'ra esperansa, que inclou y simbolisa tot lo gran, tot lo alt, tot lo digne qu' ha tengut, té y espera tenir Manacor, qu' es la penyora més fina y més segura de l' amor sens fi de Deu envers de nosaltres y per ont mos venen, vengueren y vendrán tant'es de gràcies, si hi sehem correspondre com pertoca.

No hu oblidem may que clavat a la creu ha volgut reynar especialment dins Manacor, desde la creu qu' es el trono d' ont reyna demunt tot l' univers. Avivem per axó més y més la devoció gran que fa tant's de sigles li té Manacor; no síguem fills borts, sino fills llegítims d' aquells antichs manacorins, famosos dins tot Mallorca per la seua relligió to'ta de una pessa, per la seua integridat a to'ta prova, per la seua devoció coral a n-el St. Cristo; síguem de nom y de fets el poble del St. Cristo. Els nostres pares mos dexaren un gran nom; no 'l rosseguem, no 'l ompliguem de fanch; conservem-lo ne, ben ne, per que net ben net puga pasar a n-els nos' res fills, y a n-els fills dels nos' res fills. Fasse mo reynar aquex Rey de la Creu de bon de veres ce'nun: nosal' res y demunt totes les nos' res coses, dins el nos' re enteniment, dins els nos' re cor demunt les nos' res po' encies, demunt els nostres sentits. No hu hem de permetre que hi haja res en nosal' res que se rebel·li con ra aquest Rey santíssim, que 's renech a rendirli homenatge y vasallatge; amb la nos'ra boca, amb tota la nos'ra ànima y sobre tot amb totes les nostres obres diguen ara y sempre: ¡Visca el Sant Cristo de Manacor!

ANTONI M. ALCOVER PRE.



Vinum cum felle mixtum

Dins una sala gran com una església, entre clarors de llanties y ombres de misteri, hi ha una taula llarga com un altar.

Sobre la taula hi ha un anyell sacrificat.

Jesus de Nazaret es el pontífich qu' ha de celebrar la Missa nova: Dotze Apostols la hi han de servir y han d' esser ordenats de sacerdots, després d' haver celebrada la Cena pasqual.

¡Quina tristor tan fonda té dins son cor el bon Jesús! La seua cara divinal par que 's ramuda més sublim y defica. Li ratja raigs de llum y de tristor; melancolia dolçe y apacible.

Los Apostols també es an trists; ¡molt trists! Saben que son Mes re está per amar a morir clavat en creu.

Abans de celebrar la segona missa en qu' ha d' oficiar de sacerdot etern tenguent per temple 'l Calvari y la creu per altar y Ell mateix per víctima vol dir la primera missa amb sos amichs dins el Cenacle.

Allá hi vol transsubstanciar el pa y el vi en son Cos y Sanch.

El pa y el vi que fonch l' ofrena del Sumo sacerdot Melquisse ech.

Y alça 'ls ulls a n-el cel y dona gràcies y consagra aque'l pa y aquell calzer y així diu la Missa nova y dona a sos Apos ols per pe' ual poder de consagrar y de dir, així com e'l, la Santa Missa, en sacrifici incruent. Demà 'l miix dia ell la dirá sole'ne sobre el cim rocós del Gógotha, a la fas de totes nacions, en re fosc de tenebres y trons y llamps y terra re' nol y tormens dins una mar de sanch divina, dins una mar d' ires y misericordies, d' horrors y de perció...

Ja hi ha demunt la taula la víctima incruent.

El pa y el vi ja es an consagra's.

Ja sols ne res en d' aquell manjar y beure les especies. La sustancia es el

Cos y Sanch de Jesucrist. La Missa nova está acabada.

Los Apostols combreguen.

Ja tenen potestat de consagrar, de celebrar la santa missa.

Ja son sacerdots de la Lley nova.

Ja no hi haurá pus víctimes de sanch.

Ja román abolida la Lley vella.

Ja tenim ara la carn y sanch del Homo-Deu per alimentarnos.

Aquest es l' aliment: pa d' angel's y vi qu' engendra Verges.

¡Oh Manjar benehit! ¡oh sacrossanta Víctima, penyora divinal de la gloria venidora! ¡Oh Pa celestial consagrat per mans propies de Jesús en la seua Missa nova qu' amb tan d' amor, celebrá dins el Cenacle, a la nit suprema de sa vida, a la vesprada augusta del Dijous San!

¡Oh Víctima sublim en la qual Jesucrist es rebut y adorat, a milions de voltes, en la memoria de la seua sacrossanta Passió!

¡Oh Pa del cel, qu' inclou totes les delicies y dolors, en bona hora fores preparat per mans divines!

¡Hostia santa, milions de voltes sies benehida de los qui te rebrán en l' altar de son cor amorosil!

¡Oh especies sacratíssimes de pa blanch de pureza inmarcible y angélica, baix de les quals hi están gordades, com a perles divines, les gotes de suor del bon Jesús, les llágrimes paternals del bon Pastor!

¡Hostia puríssima, capse' a de finíssim argent aont hi es' a guardat com una joia el cos verge y vivent del bon Jesús; les gotes de sanch del Redentor, com a rubins preciosos y carboncles prehuats d' eterna vida; aont hi batega 'l Cos sacratíssim de Jesús!

Á dins el vas sagrat tancat dins el sagrari, amb los ulls de la fé, en esta nit dixosa del Dijous sant, jo les ve'g brostar a les Hosties consagra'des com una branca de roser, tota mase' lla de roses y d' espines y poncelles: d' espines de dolor, de roses velluta-

Vinum cum felle mixtum.

La Mare escolta 'l Fill agonisant,
 Baix del peu de la Creu y esclata en plor;
 Y l' amargura en que sadoll té 'l cor
 Amb estés tristes queires va ratjant:

D' un camp de cors, dins el terreny grescós,
 Hi ha un parral que may té 'ls reims madurs;
 Ea seua sava es de pecats impurs;
 De vicis, groch son pampol y arugós.

Amb fel de crims sols reguen los mundans
 La gresca farga de son cor mesqui!
 Per so, vinagre es torna lo seu vi
 Fet de llambrusques de minvosos grans....

Amb gran tropell surt la mundana gent,
 Mullant esponges d' aquell vi afelat,
 Van a abrivarne 'l Cor assedegat
 De mon Jesus qu' está en la Creu muyrent.

¡Ay lo meu Fill! Si en tan mortal enuig
 Poguera jo amansir vostra dolor!
 Pera gustar del vostre l' amargor
 Sent que mon cor vers de la Creu me fuig.

J. AGUILÓ PRE.

des semblants a les ferides y llagues del Crucificat, de poncelles d' amor divina. Dins el sepulcre nou de les especies de pa que té la vida, hi es' a guardada del Dijous Sant ensá la memoria la cent voltes do'císsima memoria del Marir del Calvari, embalsamada amb los aromes mis'ichs de la devoció, y esmor'allada amb lo llen-sol blanquíssim de la pietat cristiana, teixit de mans de verge que la vest de nitidesa y de finor. — ¡Oh quina Missa, la Missa nova del sacerdot Jesús fet víctima qu' encara dura y durará per tots los sigles en el santíssim Sagrament de lo altar! ¡Oh la nit venurosa del Dijous sant! quina memoria cada setmana santa! quina memoria de la Passió y Mort de Jesucrist!

J. AGUILÓ PRE.

La venganza del Justo.

— ¡Que muera! Que muera! — grita el pueblo sobornado por los principes y sacerdotes.

El cuerpo del Redentor manando sangre; su cara desfigurada por el dolor, las piernas que se doblan bajo el peso del martirio más cruel é inhumano, y la mirada indulgente del Nazareno, y su humildad, no mueven á compasión á los judios.

— ¡Ecce homo! — clama Pilatos, lanzando su mirada á las multitudes.

— ¡Es un malhechor! — ruge el populacho sublevado.

— ¡Hágase vuestra voluntad! — habla el débil magistrado, apocado, temeroso de que su autoridad ruede pisoteada por el pueblo.

¡Salvese mi prestigio, aún á trueque de la muerte del Justo — quiso decir aquel lavado que procedió a la presentación de Jesús al pueblo como víctima de sus furoros.

Y Jesús miró al pueblo, y sonrió tristemente. Meditaba su venganza; una venganza que hiciera honor á su sobrenombre de Justo.

Levántase enhiesta en la cumbre del Calvario la Cruz redentora.

El Verbo hecho hombre expía en ella crimen ageno. Su muerte es el precio que á su doctrina puso el hombre; su delito ¡ay! el habernos señalado el camino del cielo.

—Si eres Dios, baja de la cruz!— grita sediento de venganza el pueblo que siente en su rostro el latigazo de la verdad y de la justicia sintetizados en la doctrina del Crucificado.

Y Jesús dirige la mirada otro vez á la multitud y sonríe tristemente.

Levántala al cielo luego, y clama:

—Perdonalos, Padre, porque no saben lo que se hacen!

Y los coros de ángeles y querubines rairaronse mutuamente para decirse:

—La venganza del Justo, se ha consumado.

A. SUREDA.



María Al Pié de la Cruz

Stabat juxta crucem
Jesu matris ejus.

En tanto permanecía
de pié junto á la cruz
de Jesús María su madre.

S. Juan XIX, 25.

No hay en la gama del dolor notas más lastimeras, que las que resonaron en el corazón de la Virgen sobre el Gólgota, ni en la historia de la humanidad escena más patética, que la que presencié María al pié de la cruz.

Su corazón tierno y dulce, como los afectos de un amor místico, sufrió allá las torturas de un dolor, cuyos rigores no ha sentido jamás corazón humano. Sus ojos rublados por un

mar de lágrimas, contemplaron aquel horroroso cuadro, trazado con las negras tintas de la ingratitude humana.

Revestida de aquella sublimidad, que suele imprimir el dolor, estaba María en pié junto á su Hijo, contemplando aquella Hermosura, que estasia los ángeles, oscurecida por las inmundicias de los judíos, aquella Bondad infinita, de cuyos labios sólo salían palabras sublimadas por la caridad, insultada por las burlas de un populacho atrabiliario, aquel cuerpo, fruto plantado en sus entrañas por el amor celestial, todo ensangrentado y lleno de heridas. Aute espectáculo tan lastimoso María con aquella intuición propia de una madre, adivinaba los sufrimientos de su Hijo y los sentía en su corazón: porque sus corazones estaban unidos por el amor y cuando el amor los une, los sentimientos del uno repercuten en el corazón del otro.

El amor es la medida del dolor; por eso María que amaba á Jesús, con toda la vehemencia de que es capaz un corazón de madre y le veneraba como á Dios, sufrió al pié de la cruz como no ha sufrido ningún martir en el mundo.

Aquellos dolores, que los Profetas divisaron al destello de una inspiración, inundaban de amargura su alma y aquella espada de dolor, que le pronosticó aquel santo viejo, traspasaba su corazón.

La naturaleza se estremeció ante tamaño suplicio y el sol ocultó sus rayos para que las sombras de la noche, cual negro crespón, vistieran de luto la faz de la tierra. Entouces cuando todos los elementos se conmovían, cuando el sol horrorizado ocultaba su faz para no presenciar escenas tan inhumana y las columnas del cielo temblaban, el hombre ciego é insensible en medio de su obstinación, permanecía con el corazón duro y su palabra, cual furia del averno, hacia repercutir los estridentes acentos de sarcástica maldición.

María en medio de aquella batallita, formada por la vocinglería de un pueblo bárbaro y feroz, permanecía junto á la cruz, á do el amor le tenía atada; sin que sus labios se entreabieran para dirigir á aquel pueblo deicida una palabra de recriminación, ni ruin sentimiento de venganza perturbara su bondadoso corazón. No, aquella alma diamantina, que no se había agitado jamás por ningún desordenado afecto, se dejó conducir por el amor y este amor era de sí misericordioso, como correspondía á la que era madre del mismo Amor. Alma nutrida de tan nobles sentimientos sólo pudo tener palabras de perdón.

En efecto, María no sólo perdonó á los verdugos de su Hijo; sino que acepta gustosa el título de madre, que Jesús le confirió, al pronunciar las siguientes palabra: *Ecce filius tuus* y en aquella acepción la humanidad encontré en María la más cariñosa madre.

Si el amor maternal es la poesía del sentimiento, el amor que demostró María al aceptar la maternidad de aquel pueblo deicida, es la preciosa aureola de ese amor

JUAN FERRER PRO.



LANZADA DE JESÚS

Pendía el divino Salvador, clavado en la cruz sobre el monte Calvario, mostrando triste y dolerosa figura. Su rostro que antes resplandecía con lumbr del cielo estaba cárdeno y amaratado, sus ojos claros y purísimos, oscurecidos y difuntos, y su cuerpo sacratísimo que despedía de sí gloria y magestad, se veía todo llagado y envuelto en sangre seca y ennegrecida.

Al pié de la cruz estaba su madre santísima, hechos sus ojos fuentes de lágrimas y su pecho anegado en un mar de pena y de amargura. Juan el discípulo amado y algunas piadosas mujeres tristes y llorosas aguardaban el final y último desenlace de aquella escena sangrienta y horrorosa. Al mismo tiempo se ven aparecer algunos soldados que se llegan á la cruz, con orden de quebrar las piernas á los tres crucificados, mas como el cuerpo de Jesús estaba ya difunto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los ministros levantando en el aire su pesada lanza, la enristra con ra el pecho desnudo del Salvador abriendo con crueldad y saña su sacratísimo costado. O como dice Sor Ana Catalina Enmerich en sus meditaciones: «Cogió su lanza y dirigió su caballo hácia la elevación donde estaba la cruz. Se puso entre la cruz del buen ladrón y la de Jesús y cogiendo la lanza con las dos manos, la clavó con tanta fuerza en el costado derecho del Señor, que la punta atravesó el corazón un poco más abajo del pulmón izquierdo». Exiremejóse la cruz con la fuerza del golpe y salió de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados del mundo.

Jesús murió por nuestros pecados, cargó con el peso inmenso de nuestras iniquidades; de modo que con toda verdad podemos decir que nuestros pecados, que nuestras iniquidades abrieron el sagrado pecho de nuestro Salvador adorable. Nuestro amantísimo Jesús no sólo quiso padecer inensimios dolores, en su alma y en su cuerpo, dando su persona divina plena satisfacción por nuestros delitos, sino que quiso además que cada parte de su cuerpo, que cada miembro en particular recibiese el castigo que nuestros respectivos miembros merecían. Su cabeza fué coronada con guirnalda de punzantes espinas sus oídos atormentados por las voces de empladas y blasfemias horribles con que sus enemigos

ensordecían los aires, sus ojos purísimos, con los gestos, meneos é irrisiones con que le insultaban, su boca con amarga bebida de hiel y vinagre, sus manos y pies con clavos agudos y penetrantes y todo su cuerpo con horribles y profundas llagas. Faltaba empero el corazón, el corazón aun no había recibido herida alguna. Del corazón sale toda ponzoña y maldad; de allí brotan los malos pensamientos, deseos perversos, nefandas impurezas, hurtos, venganzas, maldiciones, execrables sacrilegios... El Corazón de Jesús había de recibir el castigo que el nuestro mundano y carnal merecía; por esto quiso que se llegase á él el ministro respirando ira y venganza y abriese su sacratísimo costado é hiriese su amantísimo corazón.

Herida fué esta no hecha propiamente por el hierro de la lanza, sino por el amor de los hombres; y por esto un autor con emplativo la llama testimonio de amor. He aquí porque decía el esposo de los Cantares: *Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, vulnerasti cor meum.* «Tú has llagado mi corazón, hermana y esposa mía, tú has llagado mi corazón» Esta llaga sacrosanta nos descubre la infinita caridad de nuestro buen Jesús, y como todo cuando hizo y padeció por nosotros fué por puro amor y con amor.

La herida del costado de Cristo es testimonio perenne de su inmensa caridad y desesperador perpetuo de nuestro amor hácia su corazón amantísimo. ¿Quién no le amará al con emplar su sagrado pecho herido con la lanza cruel por nuestros pecados? El mismo hierro que hirió su corazón abre ancha herida de amor, en el corazón de sus devotos, de manera que pueden exclamar con las palabras del mismo esposo de los Cantares: «Tú has llagado mi corazón, hermano y esposo mio, tú has llagado mi corazón? ¿Será posible haya pecho tan helado y frío que no se inflame ante la llaga del amor? ¿Habrá corazón tan duro que no sienta conmoverse al ver el agua y sangre preciosísimas que brotan de la fuente de gracia de su divino costado? ¿Qué alma no sentirá abrasarse al penetrar en esa fragua, en ese horno de fuego que arde dentro su ardentísimo corazón?»

¡Oh llaga santa del mi dulcísimo Jesús! viene sobre mi tu precioso licor. Si es lavada con él mi alma, quedará mas limpia que la luz del sol, mas blanca que la misma nieve y pura como el rocío matinal. ¡Oh dulce Jesús! permíidme que llegue con mi boca á tu costado adorable, y beba de esa vena de agua viva que salta hasta la vida eterna, y que sea embriagado con el vino de tu perfecta caridad. ¡Oh mi buen Jesús! dadme alas de paloma sencilla para que vuele en el deleitable agujero de tu corazón, pues que allí hallan paz y seguridad los enojados y se consuelan los tristes, y los tibios son inflamados en la caridad y reposan dulcemente los deserrados y peregrinos. ¡Oh! Si me fuera dado poder exclamar con el profeta! «Esta es mi morada en los siglos de los siglos, aquí moraré porque esta morada escogí. *Hæc requies mea in sæculum sæculi, hic habitabo quoniam elegi eam.*

BARTOLOMÉ DOMENGE PRE.



El Divendres Sant

«Consumatum est» (Joan. 19)

*Avuy ha sortit l' auba
Amb triste resplandor:
S' estel que du al frot plora
La mort del seu Senyor.*

*Los aucellets gemeguen
Amb tristes melodies,
Ja no perfumen l' ayre
Les flors totes mosties.*

*El mon tot callat passa
Portant vestit de dol;
Amb un mantell de fosca
Par que s' abrigui 'l sol.*

*Els sacerdots y verges
Amb trist planyivol cant,
De Deu les amargures
Avuy van contemplant.*

*La música avuy toca
Amb to molt apugat,
Com a jemechs que surten
D' un cor atribulat.*

*Los nins vestidets d' angels
Passetjen amb candor.
La creu y los martiris
Del Martir del amor.*

*Los angels de pau ploren
També tot endolats;
Y arí van al enterro
Del Deu tot caridat.*

SEBASTIÀ BARCELÓ.

Amor de Jesús en su Pasión

Cuando se hallaba Jesús en la noche de su Pasión rodeado de sus dis-

cipulos; cuando acababa de celebrar con ellos la última Pascua, en aquel divino discurso que dijo á los Apóstoles, dándoles los últimos consejos de paternal solicitud, momentos antes de ser entregado al poder de las tinieblas, quiso antes desahogarse con aquellas almas escogidas, y descubrirles los puros incendios de su alma enamorada de los hombres; fineza, que dejó consignada el Apostol del amor, San Juan, al decir: que sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de esta tierra al Padre; como hubiese amado á los suyos, que vivían en el mundo los amó hasta el fin, hasta morir por ellos. Excepcionales circunstancias revestia el amor de Jesús: perfectamente se conocía á si mismo, á quienes amaba, el amor que les tenía y el fin de este amor.

El fin é intento de Cristo y del Evangelista es demostrar á los hombres las finezas del amor del Corazón de Jesús. La ignorancia disminuye el amor, la ciencia lo aumenta. Así como la ignorancia en la ofensa disminuye el delito, así en el amor aminora el merecimiento. Quien ignorando ofendió, en rigor no es delincuente. Quien ignorando amó, en rigor no es amante. La ciencia de Jesús agranda infinitamente las finezas del amor, que consumía su elevado espíritu.

En un amante puede haber, cuatro clases de ignorancia, que disminuyen mucho la perfección y merecimiento de su amor: ó porque no se conoce á sí, ó porque ignora á quien ama, ó por no comprender el amor, ó por no saber el fin donde ha de parar amando. Todas estas ignorancias, digamoslo así, que en los hombres se hallan, en Cristo fueron ciencias, y en todas y en cada una son inarrables los quilates de su extremado amor. Conociase á si, no ignoraba á quien amaba, comprendía el amor y sabía muy bien el fin á donde había de parar amando; todo lo notó el autor inspirado en el texto aducido.

Conociase Jesús á si y su hidalguía celestial, porque sabía que era no menos que Dios, Hijo natural y Unigénito del Eterno Padre, de quien procedía y á quien tornaba. No ignoraba que en su mano tenía depositados los tesoros de la Omnipotencia. Conoció que se le había dado potestad sin medida en el cielo y en la tierra. Comprendía que era el Verbo encarnado, la sabiduría del Padre, luz de luz, el resplandor de la gloria, el Rey de los reyes y Señor de los que dominan, y con todo este conocimiento á todos los hombres, justos y pecadores, á todos, á todos amaba en ensamerse Jesús.

El no conocer, quien ama á quien ama quita el amor el merecimiento. Muchas cosas hay en el mundo muy

amadas, que si las conociera quien las ama, serían muy aborrecidas por el mismo. Sirve el tolerante Jacob al asuto Labán los siete primeros años, y al cabo de ellos en vez de darle á la suspirada y hermosa Raquel le dan á Lia la legañosa. ¡Engañado pastor y más amante! Diría Jacob que servía por la Raquel, pero Labán, que sabe lo que es y lo que ha de ser, con toda certeza puede decir que el sobrino servía por Lia. Mas no se engañó el divino amante, Cristo: ni robó la ignorancia el merecimiento al trabajo. Amó y padeció Jesús por todos y por cada uno, no como era razón que ellos fuesen, sino como ellos eran. Por el enemigo sabiendo que era enemigo; por el ingrato, conociendo que era ingrato; por el traidor, constándole que era traidor. Verdadero amor y verdadera fineza fué el amor de Jesús, porque amó á los suyos como eran en si y con entera ciencia de lo que eran. El amor de Jesús no busca la causa ni el fruto; sino que dice: Amo porque amo; y amo para amar. Amaba nuestro Salvador á los que no le amaban y que sabía que no le habían de amar, no para merecer el amor de los hombres, sino para acreditar la fineza de su amor.

La cual grandemente subió de punto el conocimiento perfecto del mismo amor. Cristo conocía todas las cosas con tres ciencias altísimas: con la ciencia divina, como Dios; con la ciencia beata, como bienaventurado; con la ciencia infusa, como cabeza del genero humano y Redentor del mundo. El amor aún le conoció con otra cuarta ciencia, que fué la experimental y adquirida: porque el que aprendió á obedecer padeciendo, según expresión de San Pablo, aprendió á amar amando; y lo ponderó mucho San Juan al advertir que amó, habiendo amado. Se aficionó Jonatás, dice la Sagrada Escritura, á David, y en dos distintas ocasiones le hizo juramento de perpetuo amor: primero, como no lo había experimentado, no sabía apenas que era amar; más tarde fué grande amor y fineza de amor: después de conocer sus rigores, después de padecer sus tiranías, después de llorar soledades, después de resistir contradicciones, después de vencer imposibles, arriesgando la vida, despreciando la honra, revelando secretos, ocultando verdades, muriendo dentro de si por tormento y viviendo en su amigo siempre triste, siempre afligido, siempre inquieto, siempre constante á pesar de su padre. Es demasiado evidente que podemos decir lo mismo de nuestro fino amante Jesús con la ventaja que va del Hijo de Dios al hijo de Saúl. Grande y fino fué, porque amó; pero excesivo y finísimo porque amó sobre haber amado.

También suyo Cristo, y perfectamente conoció el fin donde había de parar amando. De algunos, refieren las historias, que murieron porque amaron; mas ya que el amor fué sólo la ocasión y la ignorancia la causa, falsamente les dió la muerte el epitafio de amantes. No está el merecimiento del amor en la muerte sino en el conocimiento de ella. Ven claramente en Abraham y en Isaac. En los intermedios, en que Abraham fué caminando para el monte del sacrificio con su hijo Isaac, ambos iban igualmente arriesgados, pero no igualmente finos: porque uno iba á morir, otro á matar, ó á matarse: uno sabía á donde caminaba, el otro no lo sabía, Abraham merecía mucho, Isaac no merecía nada, porque Abraham caminaba con ciencia, Isaac con ignorancia. Cristo voluntariamente caminó á la muerte sabida. Cristo, como triunfador corrió á la muerte con los ojos abiertos: Cristo conoció que su amor le conducía al suplicio atroz, y Cristo animosamente encaminóse á los dolores injustos, y á la muerte no merecida, viéndola venir hácia sí. No puede concebirse más grande, más abrasada, más tierna caridad y amor más fino, que el que á los hombres tiene nuestro adorable y divino Salvador.

BERNARDO ROSSELLÓ PRO.

Á la Virgen María

EN SU SOLEDAD

*Tórtola herida que con dulces trinos
Cuentas al bosque tu mortal congoja,
Flor azotada por el cierzo crudo,
Inocente paloma:*

*¿Quién al mirarte solitaria y triste
Cábe el sepulcro en que tu amor re-*

[posa,

*¿Quién no golpea su rebelde pecho
Y tus angustias llora?*

*Virgen bendita, manantial de amores
Por mi te encuentras lacerada y sola;
Por mi la espada del dolor acerbo
Tu corazón destroza.*

*Fueron mis culpas el amargo caliz
Que tuvo que apurar, hasta la hora
En que rindió á la muerte su cabeza
En la cumbre del Gólgota.*

*Mis culpas aguzaron las espinas;
Mis culpas incitaron á la tropa
De sus torpes verdugos; yo su pecho
Rasgué con furia loca.*

*Déjame, Madre, que contigo lloro;
Permite que mi sangre pecadora
Purifique besando enloquecido
De tu manto la orla.*

Isidoro Macabich.

Ibiza 24 de Marzo.

